

Morelos en Carácuaro: el camino a la libertad (CIE UMSNH)

Carácuaro en la agonía del siglo de las luces

La aguda crisis agrícola ocurrida entre los años de 1785 y 1786, marcó el principio del fin del régimen colonial. Nunca antes se vio la Nueva España al borde de un colapso social como en aquellos días. De no haber mediado la abierta participación del clero ilustrado, el rumbo de la historia hubiera sido otro. Para el caso de Valladolid, el obispo fray Antonio de San Miguel y el deán del cabildo catedralicio doctor Joseph Pérez Calama adoptaron medidas que resultaron revolucionarias para aquellos años. A sugerencia de Pérez Calama, el obispo San Miguel ordenó el otorgamiento de créditos para los agricultores en condiciones favorables para éstos; urgía reactivar la producción cerealera, especialmente la del maíz y trigo. En la Tierra Caliente, la situación de muchos curatos resultaba sumamente crítica; entre las parroquias que fueron consideradas como prioritarias para recibir auxilio se encontraban las de Carácuaro, Turicato, Tacámbaro, Purungueo y Tuzantla; "propónense estos curatos porque todos son de tierra caliente, y en todos ellos hay proporción, más o menos, para sembrar desde luego maíz de regadío". [1] En el sureste michoacano los efectos de la crisis fueron evidentes; en la parroquia de Carácuaro fallecieron 136 personas según reportó el bachiller José Antonio Pérez de Garfias, cura del lugar, en Turicato la mortandad fue mayor y se registraron 302 decesos; por el mismo concepto el párroco de Churumuco contó 131 víctimas.[2] La hambruna ocasionada por las malas cosechas y la consecuente escasez de alimentos provocó movimientos migratorios obligados. De Carácuaro-Nocupétaro, Turicato y otros curatos terracalenteños salió una gran masa de población hambrienta que acudió a refugiarse a Valladolid y Pátzcuaro. Claude Morín escribió que al concluir la crisis muchas familias retornaron a sus antiguos lugares de residencia.[3]

Años después de aquella catastrófica experiencia, la porción sureste de la Tierra Caliente volvió a sufrir los efectos de las epidemias. Entre 1791 y 1792 tuvo lugar una peste de viruela y sarampión que, "según se informa, hicieron terrible estrago en sus habitantes, especialmente en los infelices, como son los más, que por lo regular carecen de todos los preservativos naturales y de los necesarios auxilios para la restauración de la salud, cuando son tocados del contagio".[4] Los curatos más afectados fueron los de Carácuaro, Turicato, Purungueo y Huetamo. A pesar de los daños causados por la epidemia, la parroquia de Carácuaro contaba con 777 vecinos comulgantes; por lo que podemos estimar la población entre 3 ó 4 mil habitantes. En el pueblo de Carácuaro y sus inmediaciones había 291 comulgantes; en Nocupétaro se contabilizaron 266; y en Acuyo y su contorno apenas 34.

Un informante anónimo de finales del siglo XVIII anotó respecto al rumbo de Carácuaro que, pese a los efectos de aquella mortandad "la situación de los lugares que comprende, comercios en ellos establecidos y porporciones. Aunque cortas, que franquean a sus vecinos, habituados ya a aquel temperanto, parece mantendrán por lo menos sin disminución el vecindario con que en el día se hallan aquellos pueblos; pues aunque en el de Acuyo se advierte haber habido alguna, proviene sin duda de que los que habitan estos lugares cortos, no tienen la mayor subsistencia en ellos y se mudan de unos a otros con facilidad y a su antojo, por la falta de posesiones o bienes raíces que se los embarace; pero por esta misma razón crecen aquellos a donde se retiran".[5]

Hacia mediados de 1792, el partido de Carácuaro comprendía 4 pueblos de indios, entre ellos la cabecera de ese nombre donde radicaba el teniente de justicia además del gobernador de la República de Indios; complementaban la demarcación 7 haciendas y 104 ranchos. El latifundismo desarrollado desde mediados del siglo XVIII, se manifestaba plenamente en los territorios del sureste michoacano. Cuatro grandes propietarios acaparaban la mayor parte de la tierra. Todos

ellos radicaban en Valladolid; además de terratenientes desempeñaban otras actividades lucrativas que les proporcionaban jugosos dividendos. Don Angel Vélez figuraba como dueño del inmenso latifundio de San Jerónimo Cutzián, que contaba con 42 ranchos anexos. Los herederos de don Antonio Guedea poseían varias haciendas como las de Guadalupe y El Platanal. Por su parte, José Andrés de la Piedra era dueño de la hacienda de Canario, finca que sería escenario importante durante la guerra de Independencia. A su vez, don José María Anzorena, quien jugaría un papel destacado al lado del ejército insurgente, era propietario de las haciendas de Santa Gertrudis de las Huertas y San Antonio Casindangapio, junto con 18 ranchos dispersos en el partido de Carácuaro.[6]

El padrón levantado en septiembre de 1795 por el bachiller Francisco Ramón Montejano, revela datos interesantes en cuanto al número y la distribución de la población comprendida en la parroquia de Carácuaro. El pueblo de ese nombre seguía figurando con 20 familias de indios; en el propio documento se hizo un apartado para mencionar a los individuos considerados como "de razón", que se encontraban establecidos en esa localidad. Entre otros apellidos aparecen los de: García, Nolasco, Rodríguez, Gallegos, Gálvez, Guido y Ochoa. Don José Constantino figuraba como el gobernador de la República de Indios de Carácuaro. El pueblo de Nocupétaro por diversas circunstancias logró superar en población e importancia económica a la vieja cabecera parroquial de Carácuaro, y desde la década de los años ochenta fue preferido por los clérigos como residencia. El padrón de 1795 encontró al bachiller Eugenio Reyes Arroyo establecido en Nocupétaro, quizá por problemas sostenidos con los vecinos de Carácuaro, como le sucedería más tarde a Morelos y a quien el bachiller Reyes Arroyo avaló en cuanto a la conducta observada por y frente a éstos.

En 1795, Nocupétaro contaba con poco más de 30 familias de indios integradas por 142 personas con capacidad para confesar y comulgar. Con la categoría de "gente de razón", habitaban en ese pueblo 10 familias compuestas por 44 miembros; en los ranchos inmediatos como El Paso de los Pinzanes y Aporio había 10 familias conformadas por 33 individuos. El viejo pueblo de Acuyo figuraba con apenas 9 familias que en conjunto tenían 43 personas susceptibles de confesar y comulgar.

En aquellos inmensos parajes se encontraban cerca de 600 familias que vivían dispersas en los terrenos de las haciendas, estancias y ranchos de la demarcación bajo diferentes condiciones. Había desde poderosos latifundistas que ocasionalmente visitaban sus propiedades, hasta miserables indios que abandonaron sus pueblos para refugiarse en las fincas en calidad de arrimados o pegujaleros. La estancia de Santa Teresa, que nominalmente figuraba como perteneciente a la comunidad de Carácuaro, se hallaba ocupada por 2 familias de mestizos encabezados por Diego Hernández. Otras localidades inmediatas eran Apunguio, Rancho de Caballero, Olea, y mucha, Parota de los Fierros, Zapote, Las Parotas, Cerro Prieto, Cahulote, Zicuámara, Rancho los Pinzanes, Estancia de las Animas, El Cuicillo, El Paso de la Virgen, San Rafael, El Sauz, Tepehuajes, El Naranja, Zacapungamio, Estancia del Señor de Carácuaro, El Brasil, Santa Mónica, Paso del Muerto, Parotilla, El Salitre y San José de Gracia. Todos estos lugares no pasarían el día de hoy de figurar con la categoría política de ranchos o rancherías; su población oscilaba entre 2 y 12 familias, y en conjunto reunían unos 364 individuos comulgantes. Es muy probable que los habitantes de estos parajes fueran arrendatarios o medieros de las tierras que ocupaban, aunque no se les menciona como adscritos a alguno de los latifundios colindantes. Las grandes propiedades de la jurisdicción de la parroquia de Carácuaro, se encontraban divididas para su manejo interno y para cuestiones administrativas de orden civil y eclesiástico en ranchos,

estancias y puestos. En todas ellas, sus moradores eran mestizos y de otras castas a los que eventualmente acompañaba una o varias familias de indígenas procedentes de los pueblos de la comarca. La hacienda El Platanal de Monserrat, se hallaba dividida en 17 estancias y ranchos y figuraba como su propietario don Francisco Díaz Velasco; en conjunto contaba con 274 individuos de confesión y comunión. La hacienda de San Antonio se encontraba bajo la administración de don Miguel Caro, y constaba de 25 ranchos y estancias donde vivían 400 personas comulgantes. La hacienda de Santa Gertrudis de Las Huertas se encontraba a cargo de don Nicolás Correa; poseía 5 estancias anexas en las que habitaban 149 adultos, La hacienda de Guadalupe, propiedad de la familia Guedea, apareció en el padrón de 1795 con una población de 18 familias integradas por 81 mayores de edad, El dilatado latifundio de San Jerónimo Cutzián que se encontraba bajo la administración de don José Basilio Peñaloza, se componía por 51 estancias y ranchos; entre ellos aparece la localidad de Chirangangueo, en cuyas inmediaciones se explotaba un rico filón cuprífero, En total, Cutzián tenía 613 individuos comulgantes. Tomando como base los datos del padrón de referencia, la parroquia de Carácuaro tenía 2,248 personas adultas capaces de confesar y comulgar, De ello, podemos deducir que, su población absoluta comprendería unos 5,000 individuos,[7]

En aquella dilatada parroquia los servicios espirituales y la elemental observancia de los fundamentos de la fe cristiana no se podían impartir ni cumplir con la eficiencia que se hubiera deseado. En la certificación que el bachiller Francisco Román Montejano remitió a sus superiores, hizo la observación de que los "obligados al precepto anual de la confesión y comunión, faltan no pocos que lo verifiquen sin que halla sido suficiente el haber estado el cura propio en las haciendas de San Antonio y Cutzián, y yo en estos pueblos esperándolos para administrarles los sacramentos, ya se le tiene puesta lista, y oficio al subdelegado real de esta jurisdicción para que los compela",[8] Tal era el estado que guardaba el curato de Carácuaro que habría de administrar, 4 años más tarde, el bachiller José María Morelos y Pavón.

La formación del caudillo

El último día de septiembre de 1765, nació en la ciudad de Valladolid, capital de la provincia de Michoacán, el niño José María Tecló, segundo vástago del matrimonio conformado por don Manuel Morelos y doña Juana Pavón. Las penurias económicas de la familia amenazaron en más de alguna ocasión con llevarla a la ruina y, lo más peligroso, a su desintegración, Con muchos sacrificios, el niño José María logró cursar algunos estudios elementales en su ciudad natal. Sin embargo, en 1779, cuando apenas contaba con 14 años, se vio en la inminente necesidad de abandonar Valladolid para ir a trabajar al rancho de Tahuejo ubicado en la zona tórrida de Michoacán; de alguna manera tenía que ayudar a aliviar las carencias económicas en su hogar. En aquel lugar, Morelos se desempeñó como labrador y escribiente aliado de su tío Felipe; el futuro caudillo habría de permanecer en la Tierra Caliente por espacio de 11 años en esas condiciones. Morelos regresó finalmente a Valladolid en los primeros meses de 1790; contaba entonces con 25 años. Con poderosos deseos de superación ingresó al Colegio de San Nicolás, poco antes de que don Miguel Hidalgo fuera obligado a abandonar la rectoría del plantel presionado por los sectores más reaccionarios del clero vallisoletano. Más tarde, Morelos pasó al Seminario Tridentino de donde habría de egresar como sacerdote. En abril de 1795, acudió a la ciudad de México para obtener el grado de bachiller en artes. Durante algunos meses cursó una parte del plan de estudios del Seminario. En noviembre de ese año presentó solicitud para ser admitido a la primera tonsura, cuatro menores órdenes y el subdiaconado. En agosto del año siguiente, Morelos elevó petición para ser promovido al diaconado. Una vez obtenido este último privilegio, el futuro Caudillo del Sur fue enviado a la parroquia de Uruapan como auxiliar del cura beneficiado, Nicolás

Santiago de Herrera; allí habría de permanecer por espacio de casi dos años. En diciembre de 1797, previa solicitud y aval del párroco de Uruapan, José María Morelos obtuvo de parte del obispo fray Antonio de San Miguel el presbiterado. De esa manera cubría una etapa más de su vida.[9]

Los destinos de Tierra Caliente

Según la opinión del doctor Ernesto Lemoine, el más acucioso de los biógrafos de Morelos, éste siempre pretendió alcanzar un status social elevado dentro de la rígida vida colonial. El héroe vallisoletano permanentemente tuvo que caminar contra la adversidad para poder lograr sus más caros anhelos. Apenas ordenado presbítero, Morelos tuvo que volver a la inhóspita, pero para él familiar, Tierra Caliente. En esta ocasión, su destino fue el curato de Churumuco, al frente del cual estuvo durante casi un año, en calidad de interino. Aquellos días en esa parroquia fueron de los más aciagos en la vida preinsurgente de Morelos. Víctima de las inclemencias del clima de esos parajes, falleció en enero de 1799 su madre doña Juana Pavón, en la ciudad de Pátzcuaro, cuando era trasladada a Valladolid en busca de mejores atenciones.

Previo solicitud presentada por el Cura Morelos para ser trasladado a otro curato, atendiendo a lo malsano de Churumuco; el obispo Antonio de San Miguel decidió aceptar su petición. La suerte del clérigo no mejoró sustancialmente y se le ubicó en la parroquia de Carácuaro. A ésta llegó en marzo de 1799 para recibirla de su predecesor el bachiller Eugenio Reyes Arroyo. En Carácuaro, Morelos habría de permanecer por espacio de 11 años, hasta que el huracán revolucionario de la insurgencia lo arrastró irremediadamente.

En palabras de Lemoine, "la vida de Morelos en Carácuaro, bien que deslizándose dentro de los cauces rutinarios propios de un párroco pueblerino, entre dieciochesco y decimonónico, similar a la de cientos de sus colegas, es sin embargo menos plana y más sugestiva de lo que podría esperarse de un funcionario eclesiástico menor, arrinconado en uno de los curatos menos atractivos de la diócesis de Valladolid".[10] A diferencia del típico cura novohispano irresponsable, desorganizado y flojo, Morelos representaba la excepción a la regla metódico y laborioso, llevaba una administración impecable del curato, sabía armonizar sus ingresos y egresos, se encontraba correctamente educado para ahorrar y prevenir. El espíritu empresarial de los últimos años del siglo de las luces y los primeros del siguiente calaron hondamente en el ánimo de Morelos. Así, lo encontramos dedicado al comercio con artículos procedentes de Valladolid que intercambia por productos agrícolas de Tierra Caliente que luego enviaba a Valladolid para su comercialización. Además, anota el propio Lemoine, el futuro insurgente fungía como contratista de obras e ilustra este aspecto con la participación de Morelos en la reparación del casco de la hacienda de Canario junto con otras mejoras de dicha finca.[11]

El párroco de Carácuaro gustaba de ser leal, cumplidor y partidario de la reciprocidad. Nada ilustra mejor esas cualidades que el incidente sostenido por él y los naturales de la cabecera parroquial, apenas 7 meses después de haber tomado posesión de aquella demarcación eclesiástica. A través de su gobernador José Miguel; Santiago Rosales, alcalde; Juan Victoriano, regidor; Francisco Xavier, prioste; José Manuel Xavier, Antonio Miguel Pizarro y Nicolás Francisco Saucedo, gobernadores pasados, los fieles de la jurisdicción se dirigieron ante el obispo fray Antonio de San Miguel acusando a Morelos de que "nos compele, e instimula (sic), sin embargo de constarle nuestra pobreza y miseria tan extrema, que por falta de siete reales dejamos suspensas las diligencias que instruimos para que nuestras arcas comunes nos diesen dinero para el socorro de

la pasada epidemia y presente necesidad; para que sin faltarle ni un grano le entreguemos toda su tasación por lo que nos regaña y se enoja con nosotros y aun nos maltrata".[12] Los indígenas anteponían como justificación para la falta en el cumplimiento de sus obligaciones su "extrema pobreza" y los efectos de una peste que había asolado a la población.

Morelos refutó ampliamente aquella acusación, consciente de la postura que había tomado en lo referente a sus remuneraciones como administrador de la parroquia de Carácuaro. El 22 de noviembre de 1799, Morelos envió una carta al propio obispo San Miguel en la que desmentía las infundadas y acusaciones que le hacían sus feligreses de Carácuaro. El clérigo dejó en claro su postura argumentando que, "en cuanto a los regaños, enojos y maltratamientos por causa de la tasación, han producido los naturales de Carácuaro una superlativa falsedad, pues aunque han dado motivo bastante; pero toda la reprehensión no ha pasado de advertirles como a ignorantes, lo que deben hacer con sus respectivos superiores, instruirlos y darles consejos paternales, con el fin de reducirlos por amor, en cuanto diere de sí la paciencia y solercia".[13] En este párrafo se revela uno de los aspectos más representativos de Morelos, su tendencia a la persuasión por medios pacíficos.

El antiguo cura beneficiado de Carácuaro, Eugenio Reyes Arroyo, apoyó y justificó el proceder y la actitud de Morelos frente a la resistencia de sus fieles para cumplir con sus obligaciones. El clérigo manifestó que, "sí los indios de Carácuaro no pueden llevar las cargas de las obvenciones, no es por su corto número, sino por su mucha morosidad y desidia. Que por aquel país la misma tierra produce un tinte llamado cascalote, y que aún pagándoles no pude conseguir que lo beneficiaran, con lo cual podrían vivir, mantener a sus familias, y pagar sus obvenciones; igualmente que con el beneficio de la sal, quedándoles tiempo en uno y otro caso, disponible para otros arbitrios. Que lo poco que consiguen es para dedicarlo a la embriaguez, lo que no les permite reservar reales; nada utilizan, ni adelantan".[14] El testimonio del bachiller Reyes Arroyo no dejaba muy bien parados a los indígenas de Carácuaro, y además recalcó las cualidades de Morelos asegurando que era una persona meticulosa y responsable, ya que de él había recibido la administración del curato de Churumuco encontrándolo en perfecto orden y funcionamiento.

Profundo malestar debió de causar en el ánimo de Morelos la actitud agresiva de sus feligreses de Carácuaro. El infortunio parecía rodear su agitada carrera de párroco. En esas circunstancias, entre mayo y septiembre de 1800 solicitó autorización para trasladarse a Valladolid alegando motivos de salud. Morelos era bien explícito en cuanto a la oportunidad que había para que se accediera a su petición, toda vez que no procedió antes "por no desamparar la feligresía en lo más crítico de su necesidad, así por la enfermedad que sobre ella gravaba, como por la Cuaresma y cumplimiento de Iglesia, que inmediatamente se seguía; pero habiendo ya cesado todas estas causas y declarándose mi enfermedad erpís, mal insufrible e incurable de Tierra Caliente y al mismo tiempo no encontrar yo ministro a quien dejar en el curato, a vuestra señoría ilustrísima suplico se digne encargarlo a otro ministro de su superior agrado para retirarme yo a esa capital a perfeccionar la curación".[15] La solicitud fue atendida tardíamente y no precisamente de la forma que él hubiese deseado. Con fecha de 28 de noviembre de 1800, el intendente de Valladolid respondía al subdelegado de Carácuaro que podría proceder de la manera que creyera pertinente para obligar a los naturales de ese lugar a cubrir la totalidad de sus cargos para con su párroco. Lemoine asegura que las fricciones entre el cura y los indios de Carácuaro se arregló pacíficamente y que todo quedó en el olvido. Lo anterior es difícil de aceptar si consideramos que tuvo que intervenir la jurisdicción eclesiástica para finiquitar el caso. Además, erróneamente el citado historiador menciona que, "la armonía llegaría a ser tal, que de Carácuaro obtendría Morelos el primer contingente de voluntarios para iniciar su revolución "[16] En realidad, los hombres que se unieron al caudillo eran vecinos del pueblo de Nocupétaro, lugar en el que Morelos se estableció casi de

manera definitiva en los primeros días de 1801.[17] Aquellos intrépidos e improvisados soldados fueron inmortalizados en la historia como los Héroes de Nocupétaro.

No es difícil especular sobre los motivos de Morelos para abandonar su sede de Carácuaro y establecerse en Nocupétaro. Ya hemos hecho mención de que éste último lugar había superado en importancia a Carácuaro y de que los antecesores de Morelos, como es el caso del bachiller Reyes Arroyo, ya residían periódicamente en Nocupétaro sobre todo a raíz de los conflictos suscitados con los naturales. Lo anterior puede ser corroborado en un documento firmado por Morelos el 4 de abril de 1803, en el que se dirige a Santiago Camiña, secretario de la Mitra, para solicitar el envío de un clérigo que lo auxiliara en su ministerio. El documento fue fechado y rubricado en Nocupétaro.[18] Una prueba más sobre nuestro planteamiento de que Morelos prefirió radicar en Nocupétaro para evitar conflictos con los indígenas de Carácuaro, lo constituye el hecho de que la mayor parte del epistolario que de él se ha conservado con relación a esa etapa de su vida aparece fechado y firmado en Nocupétaro.[19]

Los curatos de la Tierra Caliente no resultaban precisamente muy atractivos para los clérigos. Extensión dilatada y amplia jurisdicción no equivalían necesariamente a buenas remuneraciones. El caso de Carácuaro es ilustrativo pues ya hemos visto las dificultades que tuvo Morelos para procurarse sus ingresos por sus servicios como clérigo beneficiado de la parroquia de ese lugar. Hacia 1804, Morelos elaboró un padrón general sobre la población y las localidades que comprendían su extenso curato. Al parecer, trató de ser lo más explícito posible y únicamente anotó los puntos más representativos; de esa manera aparecen: "Pueblo de Carácuaro: Salitre 'arrimados en ranchos' (sic), Potrero de Carácuaro, Sacapumbanio, Naranja, Balzeadero, Pueblo de Nocupétaro: 'Ranchos arrimados a Nocupétaro: (sic), El Limón, Tucuaporio, Pinzán, Encino Gordo, Rancho del Montero, Arenal, Pueblo de Acuyo, Hacienda de Acuyo, Limón Zapote, Parotilla, Salitre, Tepécuaro, Huatehuzapio, San José, Aguacate, Animas, Caballero, Olea, Apungio, Cerro Prieto, Huallavo, Tzicuamaro, Zapote, Pinzán, San Rafael, Cuizillo, Tepehuages, Tzirandangapio, Caulote del Cerro Prieto, Anonitos, Limón del Cerro Prieto, Pinzán; haciendas de Platanal Grande, Guadalupe, Huertas, San Antonio, Cunian (Cutzián?) y Coyol".[20] Como había sucedido a lo largo de la época colonial, aquellos parajes dispersos sobre una amplia superficie reunían muy poca población.

Morelos siempre fue práctico y desde que asumió la administración de la parroquia de Carácuaro trató de hacer más ágil su manejo. Desde tiempo atrás, muchos de sus antecesores en forma frecuente se habían quejado ante sus superiores de Valladolid de las insalvables dificultades que enfrentaban para atender a la diseminada feligresía. Sin embargo, ninguno de ellos se había atrevido a solicitar la fragmentación del curato. Todos se limitaron a pedir auxiliares para atender con mayor eficiencia las necesidades espirituales de la jurisdicción. Morelos fue el primero en abordar el problema de manera expedita para buscar una solución. Con fecha 13 de abril de 1807, a través de José María de los Robles, su apoderado, solicitó a las autoridades eclesiásticas de Valladolid la desincorporación de las enormes haciendas de Cutzián y Santa Cruz del curato de Carácuaro y su anexión al de Turicato; en el mismo sentido pidió la transferencia de las estancias de Atijo y La Parota al de Churumuco. Aquello no era un mero capricho de Morelos, había razones de peso para proceder en ese sentido y aseveró que, "estas dos estancias están muy inmediatas de Churumuco y muy lejos de cualquiera otro curato, y más de Carácuaro, que hay dos dietas. 2a. Que el resto de las dos dichas haciendas dista más de Carácuaro que de Turicato, a lo que se agregan en tiempo de aguas tres ríos, que son el de Carácuaro, el de San Antonio y el de Turicato, que no tiene Balsa; y de Turicato no hay que pasar sino la mitad de este río, si quiere, pues pueden

descabezarlo. 3a. Que los más feligreses de dichas haciendas ocurren a Turicato a bautizar en el año ya confesarse en la cuaresma, así por la inmediatez y mejor camino, como porque por allí pasan para Tacámbaro, Valladolid y otros lugares adonde viajan y comercian; y a Carácuaro sólo ocurren muy pocos a cumplir con la Iglesia más compelidos que voluntarios, porque los más tienen para este curato impedimento físico y moral. 4a. Que muchos mueren sin confesión, porque no se alcanzan vivos los enfermos, por la distancia, ríos y mal camino".[21] Evidentemente que el párroco de Carácuaro más que pensar en los emolumentos que pudiera obtener, aunque con dificultades en su dilatada extensión, ponía atención en el bienestar de los feligreses. Lemoine considera entre las cualidades de Morelos su "intuición geográfica, que sabía amoldarse al medio y servirse de él, y que en ello radicó buena parte del éxito de sus primeras campañas militares".[22] La Mitra de Valladolid rechazó sin mayores explicaciones la solicitud de Morelos de segregarse esas localidades de su curato.

Si durante su estancia en Carácuaro Morelos no hubiera ostentado la personalidad de cura beneficiado de esa jurisdicción, quizá muchos aspectos de su vida habrían pasado desapercibidos. A lo largo del tiempo, ha llamado la atención y ha sido motivo de todo tipo de interpretaciones y suspicacias el hecho de que el Caudillo del Sur haya engendrado hijos con varias mujeres. El más conocido de ellos, sobre todo por su participación en la historia de México, es Juan Nepomuceno Almonte, quien nació en el pueblo de Carácuaro en 1802, producto de sus relaciones amorosas con Brígida Almonte. Sin duda alguna aquella mujer fue el amor de su vida; "después de muerta, Morelos la recordaría toda su vida, quizá porque en el hijo de ambos -el interesante y enigmático Juan Nepomuceno Almonte- viera reflejada su imagen, reproducido su carácter, revividas aquellas motivadas señas de identidad que yacían descarnadas, en el pobre y desmantelado camposanto de Carácuaro".[23] Aquel hijo de Morelos creció en Carácuaro y era denominado cariñosamente por los naturales como el niño "Pamuceno".

"Por comisión del excelentísimo señor don Miguel Hidalgo..."

Toda la primera década del siglo decimonónico, estuvo plagada de presagios que anunciaban la proximidad del fin del régimen colonial. Las noticias alarmantes de ultramar y la constante inquietud de los distintos sectores sociales novohispanos no auguraban buenas cosas, tras aquella aparente calma, se asomaba también la tempestad. Mientras tanto, la vida de Morelos discurría en ires y venires entre su monótona parroquia caracuareña y la bulliciosa Valladolid. Todavía es motivo de polémica la estancia de Morelos en la capital de la intendencia por el tiempo en que tuvo lugar la conspiración fraguada en esa ciudad por reconocidas personalidades criollas, y el descubrimiento de la misma que concluyó con la aprehensión de los principales implicados.

La madrugada del 16 de septiembre de 1810, el cura de la Congregación de los Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla, asentó el primer golpe demoledor sobre las estructuras del abominable régimen de dominación colonial y se lanzó, respaldado por los sectores populares novohispanos, a la revolución de Independencia. Rápidamente, las huestes insurgentes dominaron el estratégico Bajío guanajuatense. El 17 de octubre Hidalgo hacía su entrada triunfal en la ciudad de Valladolid. Fue allí donde realizó varios de los actos más trascendentales de su corta pero fructífera actuación en pro de la Independencia mexicana. Por conducto de don José María Anzorena, a quien Hidalgo designó intendente de Valladolid, proclamó la abolición de la esclavitud. Este Anzorena, es el mismo del que ya hemos hecho referencia como propietario de tierras en la jurisdicción de Carácuaro. Curiosamente, a casa de los Anzorena acudía Morelos a jugar de vez en cuando una partida de billar. La familia Piedra, dueña de la hacienda de Canario, también convidaba a Morelos a sus fiestas durante sus visitas a Valladolid.[24]

Remontado en la quietud de su curato terracalienteño, Morelos recibió la noticia sobre el levantamiento de Hidalgo por boca de su amigo José Rafael Guedea recién llegado de Valladolid. Sin perder más tiempo, Morelos se dirigió hacia su ciudad natal. Logró alcanzar a Hidalgo cuando éste ya había abandonado la capital de la intendencia con dirección al valle de México. Reunidos en un paraje entre Charo e Indaparapeo, el cura de Dolores extendió a Morelos un sencillo documento mediante el cual "comisiono en toda forma a mi lugarteniente el Sr. Brigadier Br. José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la costa del sur levante tropas, procediendo conforme a las instrucciones verbales que le he comunicado".[25] No es difícil suponer que en el nombramiento también hayan tenido que ver opiniones de personas como los Guedea, de la Piedra o del propio intendente Anzorena, propietarios de fincas rurales enclavadas en la jurisdicción parroquial de Carácuaro, que como hemos visto guardaban estrecha amistad con Morelos. A partir de ese encuentro Hidalgo y Morelos tomaron caminos distintos y ya jamás volverían a encontrarse.

Morelos, regresó presuroso a su curato de Carácuaro para arreglar cuestiones pendientes y poder emprender de inmediato sus correrías por el sureste de la Nueva España. En un comunicado lacónico dirigido al secretario de la Mitra de Valladolid, el modesto párroco de Carácuaro expresó que, "por comisión del Exmo. Sr. Miguel Hidalgo, hecha ayer tarde en Indaparapeo, me paso con violencia a correr las tierras calientes del sud..."[26] Por ese motivo, Morelos solicitó el envío de un coadjutor que se hiciera cargo de la feligresía de la jurisdicción de Carácuaro. Más tarde, se encaminó a Nocupétaro de donde salió al frente de 16 comuneros que constituyeron el primer contingente de lo que más tarde llegaría a ser el poderoso ejército insurgente del sur. Sólo una vez habría de regresar Morelos a su viejo curato de Carácuaro, durante las festividades de la virgen de Guadalupe en diciembre de 1813; en el clímax de su poderío militar y político; cuando se aprestaba a atacar su natal Valladolid, acción que habría de significar el principio del fin de su carrera insurgente. Durante tres días hubo fiesta en Carácuaro, hasta allí acudieron a reunirse con Morelos las fuerzas comandadas por Manuel Muñiz, Arias, Ortiz y Vargas. Fue aquella también la última vez que el Siervo de la Nación convivió con sus antiguos feligreses.

A lo largo de la guerra de Independencia no se desarrollaron en la jurisdicción de Carácuaro acciones militares de consideración que pudieran haber llamado la atención de los historiadores. La comarca se convirtió en una "tierra de nadie", donde con frecuencia realistas e insurgentes efectuaban operaciones de depredación tratando de agenciarse recursos económicos y humanos. Algunas fincas de campo como la hacienda de Canario sirvieron de resguardo a los grupos insurgentes en circunstancias críticas. Las operaciones por parte de los insurgentes corrieron, en su mayor parte, a cargo de las guerrillas que reconocían como jefe a don Manuel Muñiz. Este había convertido en un reducto inexpugnable a su natal Turicato; allí y en sus inmediaciones se proveía de hombres y pertrechos para atacar a las divisiones realistas que incursionaban al sur de Pátzcuaro. Esporádicamente, algunos caudillos como Benedicto López se remontaban en las profundidades de Tierra Caliente escapando a la persecución del ejército virreinal. López permaneció en más de alguna ocasión en la hacienda de Canario. Todavía en abril de 1820, el virrey Apodaca comunicaba al jefe militar realista de Michoacán, Martín Matías de Aguirre, que Vicente Guerrero había permanecido durante algún tiempo oculto en la hacienda de Canario, en espera de condiciones favorables para proseguir sus operaciones.[27]

Al concluir la guerra de Independencia, la jurisdicción de Carácuaro se encontraba casi destruida. Sus recursos y sus habitantes habían sido diezmados a lo largo de los 11 años que duró la contienda. La tarea de la reconstrucción tendría que emprenderse de inmediato.

- [1]Florescano, Enrique. (Compilador). Fuentes para la historia de la crisis agrícola de 1785-1786. México, Archivo General de la Nación, 1981. Vol. I, pp. 236-238.
- [2]Carreño Alvarado, Gloria. "Mortandad en el Obispado de Michoacán a consecuencia de la crisis económica de 1785-1786". En: Anuario de la Escuela de Historia, No. 3, Morelia, Universidad Michoacana, 1978, pp. 192-195.
- [3]Morín, Claude. Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII. Crecimiento y desigualdad en una economía colonial. México, F.C.E., 1979, p. 44. 99.
- [4] Lemoine, Ernesto. Morelos y la Revolución de 1810. Morelia, Gobierno del Estado, 1984, p. 133.
- [5] Idem.
- [6] Ibid. pp. 132-133
- [7]AHMCR. Padrones. Leg.1. exp.2, "Año de 1795: Padrón de la feligresía de Carácuaro".
- [8]Idem
- [9]Para un conocimiento más amplio sobre la vida de Morelos consúltese la obra de Ernesto Lemoine citada en este trabajo
- [10]Lemoine, Ernesto. Op.Cit. pp. 135-136.
- [11]Idem.
- [12]El documento aparece en: Carlos Herrejón Peredo. Morelos, Vida preinsurgente y lecturas. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1984, pp. 161-163
- [13]Ibid. pp. 165-167.
- [14]Ibid. pp. 170-171.
- [15]Ibid. pp. 172-173
- [16] Lemoine, Ernesto. Op.Cit. p. 137.
- [17]Cfr. Raúl Aueola Cortés. Tacámbaro. Carácuaro, Nocupétaro, Turicato. Monografías Municipales del Estado de Michoacán. Morelia, Imprenta Madero, 1979, p.125.
- [18]Heuejón Peredo, Carlos. Op.Cit. p. 178.
- [19]Ibid.
- [20]AHMCR. El documento de referencia se encuentra en exhibición permanente en una de las vitrinas que se localizan en el Museo de la Casa Sitio de Morelos, en la capital del estado.
- [21]El documento en Carlos Herrejón Peredo. Op.Cit. pp. 204-205.
- [22]Lemoine, Ernesto. Op.Cit. p. 135.
- [23]Ibid. p. 139.
- [24]Ibid. p. 141
- [25]Citado en Raúl Arreola Cortés. Op.Cit.. p. 123.
- [26]Ibid. pp. 123-124; Véase también Ernesto Lemoine. Op.Cit. p. 243
- [27]Lemoine, Ernesto. Op.Cit. pp. 132-133